

Estefanía Gandía Cutillas¹
Emiliano Hernández Carrión²

El esparto en la comarca de Jumilla

Resumen En el presente artículo se muestra un estudio pormenorizado sobre la explotación y trabajo tradicional del esparto en la comarca de Jumilla, centrándose en su uso y empleo a lo largo de la Historia, su recolección y posterior tratamiento, así como los principales trenzados, usos y trabajos relacionados con el aprovechamiento del mismo.

Palabras clave Jumilla, esparto, etnografía, historia, trabajo tradicional.

Abstract This research presents a detailed study on the exploitation and traditional work of esparto grass in the region of Jumilla, focusing on its use and employment throughout history, its collection and subsequent treatment, as well as the main braiding, uses and works related to its use.

Key Words Jumilla, esparto, ethnography, history, traditional work.

Introducción

El esparto común es un arbusto de la familia de las gramíneas, conocido científicamente con el nombre de *Stipa tenacissima*, nombre que le ha sido cambiado recientemente, pasando a denominarse *Macrochloa tenacissima*. Es la fibra vegetal más utilizada en el levante peninsular como materia prima para su trenzado, desde los tiempos más antiguos de la Prehistoria. ¿Por qué sólo en el Levante Español? Aunque parezca extraño, el esparto en una planta endémica del sureste español y gran parte de la cuenca mediterránea y del noroeste de África, extendiéndose desde el occidente de Libia hasta el borde Mediterráneo de Marruecos. La planta crece agrupada en macollas, que en el altiplano murciano se les llama atochas.

Los matorrales de esparto se dan en laderas de montañas, oripiés y glacis de acumulación, sobre todo en las solanas y parcelas abandonadas de cultivos, independientemente del tipo de suelo. La abundancia de estos espartizales o espartales es la degradación última del matorral Mediterráneo, que por su gran adaptación al clima seco y semiárido crece con cierta abundancia en la zona.

Jumilla, con una extensión de 972 km² y con un 44 % de esta superficie montuosa, es el municipio mayor productor de esparto de España,

desde que se tienen estadísticas. En la actualidad el Ayuntamiento de Jumilla es el mayor propietario de espartizales de nuestro País al poseer la propiedad de los montes.

Breve historia

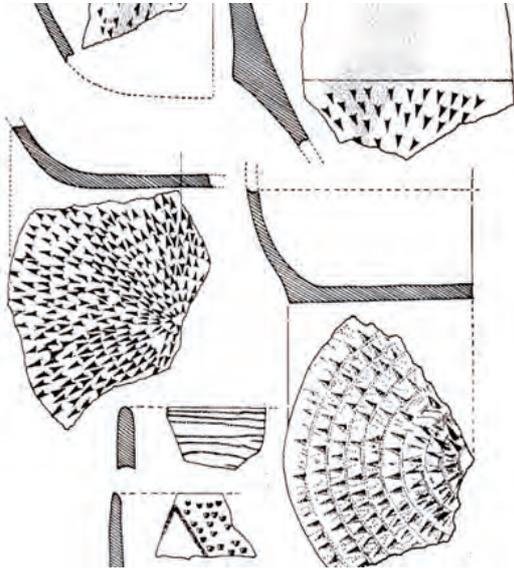
El esparto está indisolublemente vinculado a la Historia de Jumilla. Las primeras evidencias arqueológicas que tenemos en la comarca de Jumilla del uso del esparto son de época Calcolítica, y las encontramos en el yacimiento de El Prado. Se trata de un asentamiento situado junto a una laguna endorreica, donde se han hallado superposiciones de cabañas fechadas entre el 3348 y el 2034 Cal. BC.

Las gentes de El Prado, en concreto, los alfareros, utilizaron el esparto para facilitar el trabajo de modelado de grandes vasijas. Trenzaban con esparto la base del recipiente que pretendían hacer, atendiendo al volumen y la altura de la vasija, sobre el que se colocaban las pellas de barro para conformar la base, y desde aquí levantar la vasija hasta la altura deseada. El cesto de barro, además de darle consistencia al cacharro, servía de torno y de torneta a la vez, facilitando enormemente el

(1) Museo Municipal J. Molina de Jumilla.

(2) Real Academia Alfonso X el Sabio de Murcia.

trabajo del alfarero. Una vez seco, el recipiente se cocía con su base de esparto incluida, que se quemaba durante el proceso, pero dejaba las improntas del cesto, por lo que nos han llegado varios modelos de trenzados y formas.



Fondos de vasijas con improntas de certería del Prado, Jumilla (Dibujos de Pedro Lillo Carpio)

En el complejo arqueológico ibérico de Coimbra del Barranco Ancho, también se ha documentado ampliamente la presencia de esparto, con la hechura de recipientes, esteras que cubrían los pisos de las viviendas. El caso más llamativo fue el de la casa M, donde se localizó una sogá carbonizada de más de 500 m de longitud. Además de los elementos ya citados, con esparto trenzado se hacen los arrees de animales de tiro y los complementos de los carros, así como casi todos los aparejos de los barcos, lo que hizo que tanto fenicios como cartagineses, explotaran el esparto del levante mediterráneo peninsular, al que llamaron “Campus Spartarius”, topónimo que después adoptaron los romanos. Plinio, en su “Historia Natural” (XIX, 26, 27) se refiere a él como “una hierba que crece espontáneamente y que no se puede sembrar, en una especie de junco, propio de terrenos áridos (...) Los campesinos confeccionan del sus lechso, hacen sus fuegos, fabrican sus antorchas y fabrican sus calzados. Los pastores hacen de él sus vestimentas”. Sobran los comentarios.

Tras la cesión por el rey Pedro I de Castilla, en 1357, de los montes del término municipal de Jumilla al procomunal de sus vecinos, la explotación del esparto ha sido una de las fuentes de riqueza fundamentales del municipio, lo que se vio reforzado con el Decreto de prohibición de

importar esparto de otros países, dado por el rey Carlos III. Lo que se transformó casi en la única fuente de ingresos del Concejo. Esta riqueza aparece muy bien documentada en el Archivo Histórico Municipal. Un ejemplo muy gráfico, el presupuesto municipal del año 1856 es de 3.500 pesetas, de las cuales 3.200 son ingresos por la subasta de los espartos, y el resto por impuestos indirectos. Ya en el siglo XX los ingresos al municipio eran cuantiosos, por ejemplo, en 1946, en plena depresión en toda Europa por la postguerra, por la subasta del esparto de todo el término municipal se ingresaron 14.147.816'04 pesetas. Ese mismo año hay sobre la mesa del Sr. Alcalde un proyecto para construir el alcantarillado en todo el casco urbano, por un importe de un millón de pesetas, que no se realizó y después costó lo indecible dotar al municipio del saneamiento, teniéndolo que hacer hasta en ocho fases.

Aunque nos llame la atención la paradoja de no construir algo tan básico como es el alcantarillado, a pesar de disponer de grandes cantidades de dinero, si se acometieron otras obras de gran importancia trascendencia para el municipio, como la construcción de un Instituto Laboral (hoy Instituto Arzobispo Lozano), con internado y comedor, y un grupo de casas para los profesores; se hicieron una serie de escuelas en varias pedanías, con un anexo de casa para el maestro o maestra; el Grupo Escolar Ibáñez Martín, hoy CEIP Mariano Suarez; se levantó el teatro municipal, hoy Teatro Vico; un lavadero municipal, el Mercado de Abastos, 50 casas ultra baratas, etc.

Sin embargo, esta gran fuente de ingresos terminó, a principio de los años sesenta del pasado siglo, con la aparición de los plásticos y las fibras sintéticas, dio al traste con todo el entramado financiero del Ayuntamiento, hasta el extremo que los funcionarios llegaron a estar hasta 6 meses sin cobrar sus salarios.

La recolección

El Ayuntamiento creó un sistema de explotación del esparto, rudimentario pero muy eficiente, con el sistema de “romanas-tendías”. Subastaba todos los años lotes de montes a explotar. Su explotación generó la creación de 9 fábricas locales cuya materia prima era el esparto, incluso se exportaba gran cantidad a determinadas industrias papeleras como la “Papelerá alcoyana”, quizás uno de sus mejores clientes.

Para la mejor y más eficaz explotación del es-

parto, agrupaban los montes en lotes por criterio de proximidad. Estos lotes los sacaba a subasta adjudicándolos al mejor postor. Al adjudicatario se le llama rematante. Un rematante se podía adjudicar uno o varios lotes, según sus necesidades.

El rematante anunciaba el lugar, día y hora donde iba a comenzar la recogida y allí se concentraban los esparteros. Una especie de encargado llamado huchero, que era un gran conocedor del terreno y sus dificultades, asignaba a cada espartero una porción de terreno, perpendicular al monte, llamada hucha (de aquí el nombre), el espartero podía recoger todo el esparto que pudiese dentro de la hucha asignada, hasta la divisoria de aguas de la sierra, y si era un cerro poco elevado lo recogía por ambas vertientes. El espartero, armado con un talí (una especie de palo o vara de hierro) arrancaba de la atocha un tirón o repelón que era una porción de esparto o abarcaura (abarcadura), que con rapidez colocaba debajo del brazo izquierdo y otro repelón y así hasta formar un bulto o majá, que ataba con el propio esparto y dejaba en un lugar fácil de recordar, pues a la vuelta debía recoger todos los bultos y, bien a lomos de un burro, o bien a sus espaldas, llevaba hasta la romana.



Espartero, Talí en mano (Foto Plácido Guardiola Jiménez)

La romana se situaba el algún claro del oripié equidistante de los dos extremos de la zona de recolección, y en ella estaban el romanero, es decir el encargado de pesar con una romana la recolección de cada espartero cantaba el peso en voz alta y el listero anotaba el nombre del esparte-

ro, la cantidad recogida y la suma del dinero que le correspondía según el precio del esparto. Este conjunto de esparteros con sus animales de carga y su perro correspondiente, romanero, listero, guardas de monte y rematantes, se conoce con el nombre genérico de “La Romana”.

La Romana o Tendía se hacía en cada monte, incluso en grandes sierras se hacían varias, donde se marcaban una serie de puntos que se elegían teniendo en cuenta varios parámetros: calcular la distancia de los esparteros que les tocaba la hucha más lejana, tanto el del lado norte como el del sur, calculando la cantidad de esparto que podía aportar, en principio por sus propios medios, es decir, andando cargado con los bultos; la cantidad de esparto que se podía acumular en el sitio en una o dos cogidas al día, pues debía existir espacio suficiente para poderlo extender. Hecho el cálculo se buscaba el lugar idóneo para instalar los que se llamaba explícitamente “la tendía”, es decir, la destendida. Pues el esparto llevado al lugar predeterminado se extendía para que ya se fuese descoloriendo y pasase de verdea a blanco amarillento. Existía un cuerpo de guardas de montes encargados de vigilar estas tendías. Y el Ayuntamiento construyó hasta 53 aljibes para satisfacer las necesidades, tanto de esparteros, como personal auxiliar. Todos estos aljibes se conservan todavía.



Pesando el esparto con la romana (Foto José Antonio Tomás)

Tratamiento del esparto

El esparto se puede trabajar de cinco maneras: verde, crudo, cocido, picado y rastrillado. Cada una de estas formas de esparto se utiliza para según que objeto vamos a realizar, eligiendo la más adecuada en cada caso.

El esparto verde es el recién arrancado. Los elementos que se hacen con este tipo de esparto suelen tener un período muy corto de vida, como vencejos, cuerdas de poca consistencia, generalmente para usos ocasionales y un tipo muy concreto de cofines. El esparto crudo es el que se ha blanqueado en la tendía, sin más tratamiento, con él se hacen recipientes que requieren cierta rigidez, con paredes poco flexibles, como capazos de vendimia, determinado tipo de cestos, esteras, etc.

El esparto cocido es aquel que ha sufrido un proceso de inmersión en agua, en unas balsas dedicadas expresamente para ello, durante cuatro semanas, tras las cuales se requería un proceso de secado lento y al sol, para que volviese a tomar el color blanco, por lo que se volvía a extender de nuevo, abriendo los bultos y girándolos cada dos días para unificar el color. Con ello se consigue un esparto más flexible y resistente con el que se fabrican objetos de mayor duración, de uso más continuado y paredes flexibles, como cofines, serones, capazos, aguaderas, esteras, cestos, cuerdas, etc.



Balsas de cocer esparto de la fábrica del Arsenal (Archivo Sánchez Cerezo)

El esparto picado es el esparto cocido que ha sufrido un proceso de machacado, para hacerlo mucho más flexible y resistente, pues la hoja del esparto se fragmenta en fibras finas, sin que pierda su unidad. Es mucho más fácil de trabajar y el que tiene un mayor número de aplicaciones, su uso para hacer elementos de cierta calidad y gran resistencia, es muy duradero y los objetos hechos con este tipo de fibra, son muy apreciados. Se fabricaban con él todos los maromas y aparejos de los barcos, arreos para animales de tiro y corros, alpargatas, con una variedad de ellas llamadas "alborgas", utilizadas exclusivamente para pisar

las uvas y obtener el mosto, todo tipo de recipientes, cofines, recinchos, esteras de gran calidad, forrado de recipientes, etc.

El esparto una vez picado sufre un proceso de golpeo sobre un tablero con puntas metálicas que separa las fibras gruesas, obteniendo hilos finos de esparto muy maleables con el que se fabrican todo tipo de cordelería fina, estropajos, estopa para los escayolistas, etc.

Trenzados

El trenzado es la tarea que más identifica al esparto, del que existen un gran número de formas y maneras de hacerlo, dependiendo del objeto que se pretende fabricar. Incluso, para hacer un mismo objeto, según la zona geográfica donde nos encontremos se trenza de una forma o de otra. El trenzado es el entrecruzado de un número determinado de espartos, que se denominan "majás", término que sirve para denominar el tipo de trenzado que se está haciendo (por ejemplo, de tres majás, de siete majás, etc.).

El tejido puede ser continuo, es decir, se hace la pieza según se va tejiendo, como determinados tipos de cuerdas, pleita, etc. Algunas de estas piezas, como la pleita, se suelen coser en espiral, para conformar un recipiente (capazos, serones, aguaderas, cestos, esteras, etc.). El cosido se hace con una aguja metálica curva, donde se enhebra el cordelillo.



Tejiendo pleita (Foto José Antonio Tomás).

Algunas piezas se trenzan con trama y urdimbre, donde la trama es una franja hecha de esparto que permanece fija, sobre la que se trenza una urdimbre, generalmente vertical, bien para re-

forzar la pieza, o para hacerle algo de decoración, sobre todo a los cestos.

El trenzado continuo, es que se hace la pieza de una sola vez, con el entretejido adecuado a cada objeto, como determinado tipo de cofines, el llamado punto de cofín parado, los cernachos (caracoleras), cestos para la paja, etc. También está el trenzado llamado de punto de cofín, utilizado casi con generalidad a la fabricación de estos cachos. O los trenzados a base de nudos, usados sobre todo para el forrado de recipientes.

Veamos a continuación los tejidos básicos y sus puntos de trenzado. El más elemental es la guita, utilizado solamente para hacer una cordelería muy básica, si se hace con esparto verde, como hemos apuntado, de corta resistencia y escasa duración (vencejos para atar los haces de mies). Si se hace con esparto picado, más resistente y mayor período de vida se llama sobrecarga, una especie de maroma fina. Un trenzado de cinco majás de esparto picado, muy utilizado para hacer los arros de carros y animales de carga se llama recincho. Este tipo de cuerda es el que se utiliza para hacer las suelas de las alpargatas. Un recincho de siete majás se usa para hacer una pieza muy concreta de las monturas de los animales de carga, que se llama precisamente así "recincho". Cuando se trenza el recincho de cinco majás y a la vez se retuerce el esparto, se obtiene una cuerda de gran resistencia y flexibilidad, llamada soguilla, muy usada en el refuerzo de recipientes, como capazos, serones y aguaderas. Con el trenzado a su vez de varias soguillas, se obtiene la maroma.

La pleita es el trenzado más versátil de todos y el de mayor anchura, se puede trenzar entre 13 y 21 majás (siempre impares), las más frecuentes son las de 13, 15 y 17. Se utilizan para hacer serones, capazos, barzas, aguaderas, esteras, cestos, etc.

El cordelillo es el único trenzado que se hace con dos majás, pero con esparto rastrillado, con el que se obtiene una cuerda muy fina y resistente, que se utiliza para coser la pleita. Trenzado el cordelillo a su vez, se obtiene el cordel, la más común de todas las cuerdas utilizadas a lo largo del tiempo.

Oficios y herramientas

Además del oficio propio de espartero, el que arranca el esparto, hubo otras profesiones vinculadas directamente con la fibra, como los hilanderos, las picadoras o los alpargateros, amén de los empleados propios de los almacenes y talleres,

como por ejemplo las cofineras. Generalmente, salvo los alpargateros, eran oficios muy sacrificados y poco remunerados, dándose la circunstancia que el trabajo del esparto tiene una enfermedad profesional, la espartosis, desgraciadamente reconocida una vez que se dejó de trabajar el esparto, enfermedad producida por el alto contenido que la planta tiene de nitrocelulosa.

Los Hilanderos eran los encargados de trenzar cordeles, que a su vez se transformaban en cuerdas y maromas. Largas jornadas de pie, trenzando cordel, y sin parar de andar. Este es un oficio que requiere adquirir una habilidad especial, pues se trata de ir tejiendo a la vez que tu compañero, para que las cuerdas tengan la misma longitud mientras se van trenzando a la vez.



Hilado de cuerda y trenzado a su vez
(Foto de autor desconocido).

Las Picadoras, dicho en femenino, puesto que era un oficio desempeñado por mujeres, era también una profesión muy dura. Su trabajo consistía en colocar debajo de los mazos mecánicos de madera las majadas de esparto para que se machacaran, largas horas sentadas en cuclillas, con la mirada atenta a que el mazo no te machacara la mano.



Picadora de esparto (Foto autor desconocido).

Quizás el oficio que más trascendencia y popularidad tuvo fue el de Alpargatero, por ser un oficio urbano, que se hacía en casas particulares, aunque hubo talleres de alpargatería con asalariados, pero lo más frecuente es que se practicara en la entrada de la casa, y si el tiempo lo permitía en la puerta de la misma, y que lo practicaban tanto hombres como mujeres. Generalmente, el alpargatero de encargaba de hacer la pieza completa, pero hubo especialistas en un determinado trabajo de la alpargata, como el que se dedicaban exclusivamente a coser suelas, cobró fama en este aspecto “Antón Pestillo”. De los especialistas en tejer las caras de las alpargatas nos ha llegado el nombre de “Anica la Albatanera”. Por el contrario, no nos ha llegado ninguno de los hacedores de talones.



Alpargatero (Foto José Antonio Tomás).

Bibliografía

- Fernández Espejo, F. (1983): “Otra actividad manual que desaparece. Ocaso de la artesanía del esparto”. I Seminario de Artes y costumbres populares de la Región de Murcia, pp. 97-102.
- Hernández Carrión, E. (2006): El esparto. Rev. Licinciería 3. Coros y danzas de Jumilla.
- Hernández Carrión, E. (Ed.) (1994): El Museo Municipal Jerónimo Molina. Sección de Etnografía. Excmo. Ayuntamiento de Jumilla.
- Herrero González, C. (2018): Los aljibes de las tendidas del esparto en Jumilla. Ayuntamiento de Jumilla.
- Luna Samperio, M., Flores Aroyuelo, F.J., y Cortina García, J. (S.A.): “Guía de la artesanía en Murcia. Murcia. Ministerio de Industria y Energía.
- Muñoz, M. R., Parrón, C. y García Castejón, A. (1993): “El esparto en la zona de Mazarrón”. I Seminario de Artes y costumbres populares de la Región de Murcia, pp. 103-108.
- Ñacle García, A. (2005): “Fábrica de picar esparto”. Rev. Zahora 43. Excmo. Diputación provincial de Albacete, pp. 115-119.
- Pardo Mínguez, F. (1998): “El vino y el esparto”. Rev. Pleita 1. Museo Municipal Jerónimo Molina de Jumilla, pp. 53-59.
- Ruano Rios, R., Salmerón Juan, J. y Riquelme García, A. (1997): Cieza 100 años de imágenes. Excmo. Ayuntamiento de Cieza. 3 vol.
- Walker, M. J. (1990): “El Prado de Jumilla y el problema de la cerámica de cestería del Eneolítico del Sureste Peninsular”. Homenaje a Jerónimo Molina. Real Academia Alfonso x el Sabio, pp. 73-86.